

Text by Julio Cortázar about the work of Leopoldo Nόvoa, written in 1974,  
and four etchings by Leopoldo Nόvoa printed in 2005 signed and numbered.

Edition in Spanish.

Text in lead typography on Arches Paper at Éditions Robert y Lydie Dutrou, Parly,  
France, by Christian Mameron.

Etchings on Arches Paper by Éditions Robert y Lydie Dutrou, Parly, France.

Edition of 70, each signed and numbered:

60 copies numbered from 1 to 60,

10 copies reserved for the artist and the editor numbered from PA I to PA X

11" x 15,7"

Set presented in a fabric bound case.

Printing finished in 2006.

Raïña Lupa Editions, Barcelona

PVP: 2.280 \$



**Julio Cortázar**

*De otros usos del cáñamo*

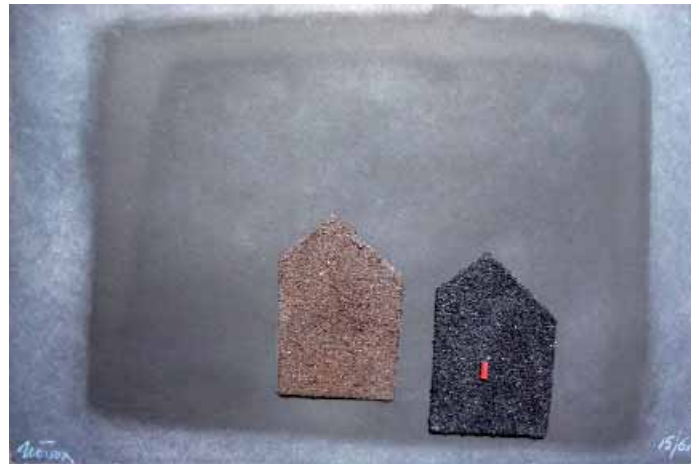
Entre sus muchas propiedades mágicas, está la de cambiar de nombre apenas cruzar el Atlántico; en España se llama cordel, en Montevideo o Buenos Aires piolín. Protagonista o intercesor de incontables metamorfosis - su nombre, sus dibujos, sus funciones - el cordel que yo llamo piolín es uno de esos elementos que pueblan imborrablemente el museo de mi infancia, y que a lo largo de la vida se han mantenido en un profundo, inexplicable contacto con mi visión de las cosas. Leopoldo Nóvoa lo sabe ahora; me bastó mirar algunas de sus obras para encontrar el rumbo y la justificación de estas líneas. Sin decirnoslo, fue como sentir que existe en el mundo una fraternidad innominada de artistas y poetas para quienes el piolín vale como signo masónico, como santo y seña sigilosa. Detrás, quizá, el mito de Aracne y la inmensa telaraña de las afinidades electiva; no cualquiera, sea dicho sin énfasis, merece la hermandad universal del piolín.

Carezco de capacidad reflexiva y sintética, y no soy de los que salen a investigar si a Novalis le gustan los piolines o si Yehudi Menuhin los aborrece; puedo en cambio retrazar las nimias memorias de mi propio ovillo desde una edad muy temprana. Muchas veces me he preguntado cuándo surgen por primera vez los seres y los objetos que habrán de elegirnos (Jean Paul Sartre me perdone) para siempre; cierto color de ojos, cierta flor; cierto jamón con huevos. De pronto están ahí, apasionadamente padecidos. Dante podrá decirnos cuándo vio por primera vez a Beatriz y cómo el tiempo detuvo su curso durante un infinito instante; pero el niño Alighieri no hubiera podido recordar el día y el lugar en que la poesía se le apareció como su futuro Virgilio. Vaya a saber en qué momento los piolines cesaron de ser para mí esas meras cosas de esparto o de rafia con que se ataban los paquetes, para dárseme de una manera inexplicablemente rica y privilegiada, ya no el ovillo utilitario al que acudía la familia con tijeras e indiferencia. Puedo, sí, recordar la maravilla de una hora, acaso la que paradójicamente me ató para siempre a los piolines: un amigo de casa, que amaba a los niños y les proponía enigmas, juegos absurdos, búsquedas de tesoros y gasolinas de colores jamás repetidos, me puso en las manos un aro de piolín y me enseñó el misterio de irlo cruzando entre los dedos, tejiendo, pasando por arriba y por abajo, multiplicando las figuras, llenando el aire de una siesta con una frágil geometría interminable.

**LNL0001**



NOE0001



NOE0002



NOE0004



NOE0003